

# El caso Morente

## The Morente Case

**Manuel Jesús López Baroni**

*Profesor asociado de Filosofía del Derecho, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*

e.mail: [mjlopbar1@upo.es](mailto:mjlopbar1@upo.es)

Recibido: junio 2009

Aceptado: septiembre 2009

---

**Palabras clave:** García Morente, Guerra civil, Nacionalcatolicismo, Filosofía de la historia, Historicismo.

**Keywords:** García Morente, Civil War, National Catholicism, Philosophy of History, Historicism.

---

**Abstract:** Manuel García Morente was the Dean of the Faculty of Philosophy of Madrid during the years of the 2<sup>nd</sup> Spanish Republic coinciding with illustrious members of the School of Madrid as Ortega or Zubiri. Traveller, liberal, illustrated, there belonged to the batch of intellectuals who tried to modernize the country. When the Civil War exploded, he exiled to Paris, where there lived a mystical experience that drove him into conversion to Catholicism and to the priesthood. During the last five years of his life, 1937-1942, he elaborated a philosophy of the history of Spain that justified the war, legitimized the cause of Francoist camp, and helped to establish the future ideological lines of National-Catholicism in the years to come.

---

**Resumen:** Manuel García Morente fue Decano de la Facultad de Filosofía de Madrid durante los años de la II República, coincidiendo con ilustres miembros de la famosa Escuela de Madrid, como Ortega o Zubiri. Viajero, liberal, ilustrado, perteneció a la hornada de intelectuales que trató de modernizar el país. Cuando estalló la Guerra Civil se exilió a París, donde vivió una experiencia mística que le llevó a la conversión al catolicismo y al sacerdocio. En los últimos cinco años de su vida, 1937-1942, elaboró una filosofía de la historia de España que justificaba la contienda, legitimaba al bando franquista, y delineaba los raíles ideológicos por las que transcurriría el nacionalcatolicismo en los años venideros.

## 1. Introducción

El caso Morente presenta una singularidad digna de ser reseñada, por cuanto se imbrican las principales líneas de pensamiento europeo de los siglos XIX y XX con los trágicos acontecimientos que rodearon a la II República española.

A García Morente se le conoce fundamentalmente por su etapa de Decano de la Facultad de Filosofía de Madrid durante la II República, así como por la vivencia mística que vivió durante la Guerra Civil que le llevó a abrazar el sacerdocio. Sin embargo, y a pesar del proceso de libación al que le sometieron los intelectuales del bando vencedor en los años cuarenta, es poco conocido que durante la contienda Morente elaboró una filosofía de la historia que no sólo justificaba la guerra y legitimaba al bando franquista, sino que delineaba con precisión las características de lo que después se conocería como nacionalcatolicismo.

El que García Morente fuera durante la mayor parte de su vida un intelectual ateo, liberal, ilustrado, fiel escudero de Ortega y Gasset, es lo que convierte a su dramática historia en un epítome de la difícil entrada de nuestro país en la modernidad. El Morente que transitó por Alemania y Francia para recoger en su zurrón los sistemas filosóficos europeos; que militó activamente en la Institución Libre de Enseñanza; que recibió el encargo republicano, a través del socialista Fernando de los Ríos, de llevar a la universidad española el

espíritu reformista de la Institución Libre de Enseñanza; que fue auxiliado por Besteiro, por Negrín, y por Azaña, en los difíciles inicios de la guerra, fue el mismo que elaboró una filosofía de la historia que justificaba por qué España debía renunciar a la herencia de la modernidad europea, al Estado de Derecho, a la democracia, y devolver al país a la escolástica tomista medieval, previo sometimiento a un auto de fe a todos los filósofos europeos desde Descartes en adelante.

El vacío que rodea su obra es el propio de un país que no ha ajustado cuentas con su pasado. La izquierda lo ve como un traidor, mientras a la derecha le resulta un personaje incómodo y embarazoso. El silencio sobre el significado de su obra en los circuitos universitarios es tan revelador como hiriente. Magnificando su experiencia mística se subliman las implicaciones políticas. El que Rouco Varela, Presidente de la Conferencia Episcopal, conocido por su conservadurismo, encabece la Fundación García Morente a partir de 2005, nos devuelve su historia al presente.

## 2. Breve reseña biográfica de Morente

García Morente nació en Arjonilla (Jaén) el 22 de abril de 1886<sup>1</sup>, aunque toda su infancia transcurrió en Granada. En su formación podemos reseñar como datos relevantes su licenciatura y doctorado en filosofía, campo del conocimiento sobre el que giró su vida; sus conocimientos del francés y el alemán,

que le permitieron traer a España el pensamiento moderno europeo; la licenciatura en derecho, que le capacitó en su momento para atacar el sistema jurídico y político de la II República; y sus habilidades musicales, que tuvieron una importante repercusión en la experiencia mística que le llevó a la conversión en plena guerra civil. Cuando Morente abraza el sacerdocio vuelve a examinarse del bachillerato y de la carrera de filosofía, tutelado ya desde la perspectiva pedagógico-evangelizadora de los vencedores<sup>2</sup>.

De su etapa formativa hay que destacar que se formó en Francia, cursando allí el bachillerato y los estudios universitarios, doctorándose después en Madrid con una tesis sobre Kant. Completó su formación con estancias en Alemania, donde absorbió el historicismo neokantiano en Marburgo, junto a Ortega.

En las relaciones político-institucionales debemos resaltar que Morente participó en 1914 en la Liga de Educación Política Española, fundada por Ortega<sup>3</sup>, y en 1918 en la redacción de las ponencias aprobadas por la Asamblea General del Programa del Partido Reformista<sup>4</sup>, aglutinados en lo que se conocía como la «nueva izquierda»<sup>5</sup>, herederos de los noventayochistas<sup>6</sup>. No participó, sin embargo, en la Agrupación al Servicio de la República que fundaron Marañón, Pérez de Ayala y Ortega.

Pero lo que más le marcó públicamente fue su pertenencia a la Institución Libre de Enseñanza, ya que participó

activamente, absorbiendo su ideología y espíritu. El tribunal de las oposiciones de Morente a catedrático estuvo compuesto predominantemente por miembros de la Institución Libre de Enseñanza, y por Ortega y Gasset, lo que da muestras de la influencia de dicha institución sobre la vida de Morente<sup>7</sup>.

Cuando Franco gana la guerra se inicia la veda de los institucionistas: el presidente del Tribunal de Responsabilidades Políticas califica a las cabezas visibles de la Institución Libre de Enseñanza de «hombres horribles, verdaderamente demoníacos. Sádicos y vesánicos unidos a profesionales del hurto, de la estafa, del atraco a mano armada y del homicidio con alevosía (...) Monstruos neronianos, directores de sectas y ejecutores de las mismas»<sup>8</sup>. García Morente ejerce ya de sacerdote en el mismo bando y trata de que su procedencia pase desapercibida, pero el propio Serrano Suñer tuvo que interceder ante el generalísimo para que no le quitaran «las cuatro cosas que tenía»<sup>9</sup>.

Morente destacó como traductor, como docente, y como gestor universitario. Se le reconocía unánimemente esta triple faceta, a la vez que se recuerda que carecía de creatividad filosófica, quizá por la cercanía mediática de Ortega. Su momento de mayor esplendor fue el nombramiento como Decano de la Facultad de Filosofía de Madrid durante la II República, dada la brillante gestión que realizó en esos años. Se gesta allí la famosa Escuela de Madrid, coexistiendo pensadores de la talla de

Ortega y Gasset, Gaos, Zambrano, Zubiri, y Besteiro, entre otros. La efervescencia de la Escuela es cortada de raíz por la guerra, y las biografías personales resumen la tragedia que se cierne sobre el país.

En las relaciones personales hay que destacar la íntima amistad de Morente con Ortega y Gasset<sup>10</sup>, hasta el punto de que el Decano mimetiza el raciovitalismo orteguiano con consecuencias indeseadas para el maestro. Cuando estalla la Guerra Civil, Morente trata de cristianizar el pensamiento orteguiano, llegando a ofrecer públicamente su vida por su conversión al catolicismo. A pesar de que ambos se frecuentan en el exilio parisino durante la guerra, la conversión e implicación activa de Morente en el bando franquista provoca una ruptura de relaciones.

En el campo de las amistades personales hay que resaltar los vínculos de Morente con los socialistas Besteiro y Fernando de los Ríos. El primero, porque se ayudaron mutuamente en momentos de grave necesidad (la escolta de Besteiro protegió a sus hijas mientras él escapaba de Madrid en los primeros compases de la guerra), y el segundo porque durante la II República le encargó llevar a la Universidad el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. De ahí el dramatismo de los vericuetos vitales cuando estalló la guerra: Fernando de los Ríos negociaba en Francia la venta de armas a la República mientras Morente escribía desde París al bando franquista ofreciéndose como publicista en el servicio de pro-

paganda; Besteiro languidecía en la cárcel de Carmona mientras el otrora ateo liberal Morente, convertido ya en sacerdote, declamaba desde el púlpito a la sombra del Obispo integrista Elijo y Garay.

Con los otros miembros de la llamada Escuela de Madrid también tuvo importantes relaciones. En el exilio parisino se refugian de la guerra Ortega, Zubiri y Morente, entre otros. Morente convence a Zubiri para que se ofrezca también al bando franquista, lo que cumple presto, creando una especie de Facultad de Filosofía azul en el extranjero, a la espera de tiempos mejores. Paradójicamente intercambiaron la sotana entre ellos («Hay que ver las vueltas que da la vida, el sacerdote Zubiri se ha casado con la hija de un republicano agnóstico, y el republicano y agnóstico Morente se ha convertido en un sacerdote del más franquista de los obispos», Batllori<sup>11</sup>). En 1942 se produce el famoso suspenso de la tesis doctoral de Julián Marías. El director de la tesis es Zubiri, y Morente, que es el único que vota a favor, forma parte del tribunal. Cuando Morente pide explicaciones el gélido clima de posguerra le recuerda la procedencia de Marías, y la de él mismo.

El contexto de posguerra es aterrador: Julián Marías acabaría en prisión por las relaciones pasadas con Besteiro, delatado por un íntimo amigo<sup>12</sup>; Zubiri, asustado, no se mueve de Barcelona ni siquiera para ir a la lectura de la tesis de Marías; el integrismo pide la cabeza de Ortega y Unamuno; Zambra-

no, Gaos y De los Ríos se quedan en el exilio; Besteiro muere en la cárcel mientras Morente lamenta no poder ir a verlo; y decenas de miles de personas son asesinadas en la insoportable posguerra. En este contexto Morente es paseado de púlpito en púlpito para comunicar la buena nueva, mientras es objeto de burlas, sátiras, morbo, y acusaciones de farsante. Con diferentes eufemismos («sufrió en su alma la garrá fría del recelo y paladeó el acíbar de la incomprensión», Molina Prieto<sup>13</sup>; «encarnación de la parábola del Hijo pródigo arruinado», Iriarte<sup>14</sup>; «Amargura de no encontrar entre sus hermanos en la fe y hasta en el sacerdocio la comprensión, la confianza que podía esperar»<sup>15</sup>, Aranguren), e ironías, («¿por qué Dios no me comunicó antes este don sobrenatural?», Amezáa<sup>16</sup>, Vázquez<sup>17</sup>) los distintos autores nos sitúan en un cuadro de gran hostilidad en el que predomina la sensación de que se ha cambiado de bando («de equipo»<sup>18</sup>) para conservar la vida<sup>19</sup>, con alguna paradójica o enigmática excepción, como la de Eugenio D'ors<sup>20</sup>.

Un ejército de teólogos inicia la siembra en el suelo yermo de la España de posguerra y escruta a Morente con espíritu de entomólogo. La España vencedora enciende la mecha de un auto de fe colectivo, y Morente es un regalo del cielo, sin ironías, la oveja descarriada que vuelve al redil y debe ser mostrada como prueba del apoyo de la providencia a su causa. Su instrumentalización es descrita tan breve como magistralmente por Ayala:

Al pobre ingenuo le forzaron a hacer alarde de sus dotes oratorias desde el sagrado púlpito ¡Y qué cosas no llegó a escribir por entonces para congraciarse con los nuevos poderes! Debió de vivir aquellos años alucinado por el miedo (...) <sup>21</sup>.

Las «cosas que escribió» las analizaremos a continuación, pero antes trataremos de solventar la difícil cuestión de cómo llegó Morente a esta inesperada situación.

Al inicio de la Guerra Civil Morente fue destituido por el Frente Popular del decanato de la Facultad de Filosofía, sustituyéndole Julián Besteiro. Se le cesa de su condición de catedrático, a pesar de la vehemente defensa de José Gaos. Las causas residen en conflictos previos de naturaleza política con los alumnos. El asesinato de su yerno el mismo día en que es depuesto del decanato, y el aviso de Besteiro de que su vida corre peligro, le llevan a huir de Madrid, siguiendo el circuito Valencia-Barcelona-París.

Morente se deja en España a sus hijas, lo que le altera anímicamente y le llena de remordimientos. Sus frecuentes contactos con Zubiri y Ortega en París no le calman. En este contexto de tensión vive una experiencia mística, en la madrugada del 29 al 30 de abril de 1937, que relata en su famosa confesión agustina, *El hecho extraordinario*:

Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación, pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía (...). Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí, ya no había nadie en la habitación, ya estaba yo pesadamente gravitando sobre el suelo y sentía mis miembros y mi cuerpo sosteniéndose por el esfuerzo natural de los músculos<sup>22</sup>.

A raíz de esa vivencia Morente decide abrazar el sacerdocio, comunicándolo a Zubiri. Hay que resaltar que su conversión al cristianismo es más política que religiosa, y no sólo porque la religión fuera parte beligerante en la Guerra Civil, sino porque meses antes de su experiencia mística, en octubre de 1936, Morente se había ofrecido al General Dávila para servir en el servicio de Prensa y Propaganda del bando franquista<sup>23</sup>, calificando la guerra de Cruzada.

Por mediación de Negrín sus hijas llegan a París, en junio de 1937, y juntos ponen rumbo a Argentina, donde comienza a escribir una obra inaudita para los que le conocieron. A su vuelta a España, un año después, y en plena guerra, le recibe el integrista monseñor Elijo y Garay e ingresa en el Monasterio de los Padres Mercedarios de Poyo (Pontevedra) con objeto de ordenarse

sacerdote. El bando franquista le acoge con morbo indescriptible, hasta el punto de hacerse pública la historia del ratoncillo que se ahogó en el vaso donde depositaba su dentadura postiza durante su estancia en el Monasterio de Poyo<sup>24</sup>. El bando republicano no sale de su asombro («no sólo necesitó la fe sino encima la sotana» Araquistain<sup>25</sup>).

Desde su experiencia mística Morente se concentra en elaborar una filosofía de la historia que explique lo que está sucediendo en España. La obra del último Morente, 1936-1942, es una justificación de la contienda, la legitimación del bando franquista, y la delimitación de los raíles por los que habría de discurrir el nacionalcatolicismo vencedor. El sacerdote García Morente ataca la modernidad europea en su doble vertiente: la Ilustrada liberal que engendra el parlamentarismo y el Estado de Derecho, y la socialista que apadrina el materialismo y los derechos sociales. Así, Morente, Dios mediante, se sirvió de su privilegiada mente para arramblar contra el racionalismo, el laicismo, el cartesianismo, la Ilustración, el parlamentarismo, la igualdad ante la ley, la igualdad de sexos, la democracia, el positivismo, la ciencia, el marxismo... Cayeron del Olimpo Descartes y el racionalismo; destronó a Locke y al liberalismo; blandió su pluma contra Kant y la razón autónoma; y bramó contra Marx. A duras penas salvó a Ortega, tratando de conciliar cual funámbulo el espíritu liberal y elitista de su maestro con los requerimientos del nuevo régimen. Uno tras otro, todos los filósofos europeos que habían contri-

buido a traer las ideas contra las que se levantaban Franco y sus huestes se convirtieron en enemigos de la patria, y por tanto en herejes.

### 3. Historicismo y Filosofía de la Historia

Antes de elaborar su filosofía de la historia, García Morente trató de fundamentar metodológicamente su trabajo. Es ahí donde cobra importancia su formación previa a la conversión, ya que halla en el historicismo la conceptografía necesaria para justificar su obra.

Morente absorbió el historicismo por dos vías, el neokantismo y el raciovitalismo orteguiano. A su vez, el neokantismo, con sus famosos polos, Marburgo, con Cohen y Natorp, y Baden, con Windelband y Rickert, es continuador de una tradición que hay que conectar con los movimientos de reacción contra la Ilustración.

Aunque el historicismo es un término cuyo significado se ha ensanchado hasta límites difícilmente reconocibles, es preciso recorrer brevemente su biografía para tomar conciencia de la importancia que tuvo para Morente. El historicismo nace vinculado al romanticismo, y los focos sitúan la impronta en Herder. Como movimiento de reacción contra la Ilustración, el historicismo defendió los particularismos frente al universalismo ilustrado (uno de sus frutos es la Escuela Histórica del Derecho, promotora de los particularismos

jurídicos frente a las codificaciones y las declaraciones de derechos universales); los nacionalismos (el idealismo alemán, con Fichte, estuvo también imbricado); los sentimientos y la empatía a la hora de comprender la realidad (en muchas manifestaciones había un componente irracional); y la religión cristiana (el pietismo protestante alemán está en su base).

Podríamos señalar cuatro corrientes historicistas hasta alcanzar a Morente. La primera, con Ranke y Humboldt es la más reaccionaria, y se enfrenta abiertamente a los modelos ilustrados; la segunda, con Dilthey, sustituye el irracionalismo antiilustrado por una forma de racionalismo no materialista: surge la noción de ciencias del espíritu (humanidades) con métodos y conceptos diferentes a los de las ciencias puras o naturales; la tercera, protagonizada por los neokantianos Rickert y Windelband, elimina el componente psicologista del historicismo aportado por Dilthey y profundiza en la separación entre las ciencias clásicas (física, matemáticas) y las ciencias sociales; la cuarta, abre el historicismo en un amplio abanico que enlaza con la hermenéutica, el existencialismo y las filosofías de la vida, como el raciovitalismo orteguiano. Actualmente hay común acuerdo en distinguir dos grandes bloques de pensamiento, la filosofía analítica anglosajona y el historicismo-hermenéutico-existencialismo continental. Son dos modos antagónicos de enfrentarse a la realidad: el primero, más científico y materialista; el segundo, más humanista. La corriente que naciera como mo-



vimiento de reacción contra la Ilustración acabó convertido en otro vástago de la misma, basada en la comprensión y la narración humanista.

Lo relevante para nuestro caso es que el historicismo va a defender que las ciencias sociales, como la historia, tienen métodos diferentes a las ciencias tradicionales. Mientras la física o las matemáticas emplean los conceptos de explicación, causalidad, ley, generalización y objetividad, los historicistas aportan los conceptos de comprensión, narración, particularismo, empatía, y subjetividad. Es esa herencia historicista la que lleva a sus extremos García Morente, «Explicar, como acabo de decir, es poner de manifiesto la relación de causa a efecto, la relación mecánica, la relación física. Y comprender ¿qué es? Comprender es penetrar el sentido que tiene un fenómeno o un objeto, y para ello, hay que incorporar el hecho que se quiere comprender a la totalidad a la cual pertenece»<sup>26</sup>.

Morente justifica que una filosofía de la historia no tiene que ser generalista, sino particularista. Por eso estudia la filosofía de la historia de España, pero sin pretensiones de extraer conclusiones genéricas acerca del devenir de la historia (ya que ésta está dirigida por la Providencia divina, y sus designios son inescrutables). Morente afirma que el filósofo debe tratar de captar la esencia de España a través del análisis de sus hitos históricos, de forma que halle por reminiscencia el molde impuesto por la Providencia divina para la nación española. Tenemos aquí los con-

ceptos historicistas llevados a su extremo: el filósofo «empatiza» con el objeto de su estudio, la nación española, «comprendiendo» su esencia y «narrando» su devenir histórico a través de una filosofía de la historia «particularista».

La Providencia divina había impuesto un estilo de vida a la nación española, un molde que conectaba su esencia con el catolicismo y con el pensamiento tomista medieval, la reconquista contra los moros, la conquista de América, el imperio, y la Contrarreforma. La II República apartaba al país de ese rumbo, ya que creaba un régimen democrático basado en el parlamentarismo liberal, barnizado de socialismo, y el Estado de Derecho. Por eso era necesaria una Guerra Civil, para devolver a España a su esencia, al estilo de vida impuesto por la providencia divina.

La filosofía de la historia de García Morente analiza y justifica la contienda desde esta perspectiva, y para ello se apoya en el historicismo, libando los conceptos hasta sus últimas secreciones con objeto de hallarse libre para la fabulación. Morente cierra el círculo antiilustrado del primer historicismo con el objetivo de construir una obra que rechazara toda la herencia de la modernidad europea, apoyándose en la Caja de Pandora que en su día abrierá el romántico Herder, los particularismos, el nacionalismo, el sentimentalismo como método de conocimiento, y la religión cristiana.



## 4. La Filosofía de la Historia de España

La filosofía de la historia es un género filosófico con un alto componente ideológico, a medias entre la literatura y la teología. Elaboradas en contextos de gran tensión social, son obras que tratan de buscar sentido trascendente a grandes catástrofes colectivas, (San Agustín, Hegel, Vico, etc.).

En el caso de Morente el género no pudo ser más acertado. La religión católica era parte beligerante en la Guerra Civil y la búsqueda de un sentido colectivo a un drama colectivo le permitía enlazar la toma de Roma de los bárbaros, inmortalizada por San Agustín en *La Ciudad de Dios*, con la legitimación del bando franquista. Bajo la apariencia de una búsqueda de sentido trascendente a la contienda que asolaba el país, Morente elaboró una obra de carácter político. La naturaleza ideológica de su obra quedaba sublimada bajo uno de los géneros filosóficos más encumbrados y a la vez desconocidos, la filosofía de la historia.

El objetivo de García Morente es enlazar la reconquista de los Reyes Católicos con Franco y Millán Astray. Para ello, divide la historia de España en cuatro grandes periodos en los que delinea un «estilo» de vida impuesto por la Providencia. Ese «estilo» de la nación española es el que justificaba la Guerra Civil española, ya que la II República había apartado al país de los senderos marcados por el mismísimo Dios.

El nacimiento de España lo sitúa Morente en el año 400 d.C., fruto de la combinación entre la monarquía visigótica y el cristianismo, «De Roma recibe la cultura material. De la fe católica, el nutrimento espiritual»<sup>27</sup>. El segundo periodo es vital en la historia del país, ya que coincide con la reconquista, desde 711 hasta 1492. La explicación que proporciona Morente de la invasión de la península por parte de Tarik es providencialista: fue Dios quien promovió la invasión musulmana para que la reconquista moldeara el estilo de vida católico de los españoles. Ese espíritu guerrero es el que conforma la idea de nación de Morente, y regurgitará en la Guerra Civil española:

España se formó a sí misma, negando al mahometano, negando al árabe. Es decir, que en España el sentimiento nacional fue al mismo tiempo sentimiento religioso [...]. Por eso, para nosotros, constituirmos como nación española fue constituirmos como nación cristiana; y por eso, para nosotros, cristiano y español es lo mismo [...] muestra propia de los hombres de armas de la época que decía, del siglo VIII al XV. En estos siglos se ha formado, pues, la psicología del hombre hispano. La constitución como nación ha sido constitución de lucha, de empresa, de guerra religiosa. Armados constantemente, día por día, durante siete siglos, hemos ido desarrollando nuestra alma de españoles con una modalidad histórica de ser que se simboliza, con justicia, en el repertorio de virtudes que son español, en esas dos direcciones contiguas e inseparables: religión y españolismo, como cristiano y como hombre de armas<sup>28</sup>.

El carácter mesiánico de España protege a Europa de la acometida musulmana, «constreñida durante ocho siglos a montar la guardia en el baluarte de Europa, para permitir que el resto de los países europeos vayan en paz y tranquilidad a sus menesteres interiores. España, a quien la Providencia confirió la misión de salvar la cultura cristiana Europea (...)»<sup>29</sup>. La misma idea resurgirá durante la Guerra Civil: España protege la cultura europea de otra embestida, ahora roja.

El tercer periodo coincide con la conquista y evangelización de América, reforzado por la participación en el Concilio de Trento. El cuarto y último periodo comienza en el XVII y deja a España en las puertas de la II República. En el XVII el país está exhausto y Europa camina por senderos incompatibles con el estilo español. España «es esencialmente cristiana, (y) nada tiene que hacer en un mundo que tributa a la razón y a la naturaleza el culto debido a la divinidad»<sup>30</sup>. En dicho siglo comienza la tibetanización española, agriamente descrita Ortega. Los esfuerzos de los gobernantes por imponer al país una forma de gobierno europea son rechazados una y otra vez, «Durante todo el siglo XIX es bien visible e inequívoca la oposición de España a las formas exóticas del democratismo parlamentario. Los gobernantes se empeñan en imponerlas. La nación se obstina en rechazarlas; ya combatiéndolas violentamente, como los carlistas, ya desnaturalizándolas mediante una aplicación contraria a su sentido y espíritu»<sup>31</sup>.

El estilo impuesto a España por la Providencia divina se basa en el catolicismo:

Porque España es el único país del mundo y de la historia donde las dos condiciones, la natural y la sobrenatural, se funden en un abrazo indisoluble; porque España es el único país de la tierra en donde ser cristiano y ser español es una y la misma cosa; porque España es el único país de la historia donde no puede haber ni haber habido, ni hay diferencia alguna entre la constitución moral y la religiosa y la constitución histórica nacional; porque en España la hispanidad y la cristiandad están tan unidas, que llegan a formar un todo consustancial<sup>32</sup>.

Por eso, el prototipo de español es el caballero español, un arquetipo quijotesco a medias entre el soldado y el monje en el que se condensarían todas las virtudes hispánicas: rechazo del parlamentarismo («La hostilidad profunda del caballero español a todo formalismo falso se compadece mal, claro está, con eso que se ha llamado democracia y con la ridícula farsa del parlamentarismo. El caballero cristiano no puede ser demócrata ni parlamentario»<sup>33</sup>. (...) «el caballero cristiano no podrá jamás comprender la idea del contrato social ni la lista de los derechos del hombre y del ciudadano»<sup>34</sup>); caudillismo, («El español obedecerá gustoso a un jefe que tenga las condiciones personales, (...) del auténtico jefe. A este jefe real, el español le obedecerá con disciplina interna. Pero al que no tenga más título para la jefatura

que un nombramiento legal o una vocación nutrida, el español no le entregará fácilmente su obediencia»<sup>35</sup>); espíritu feudal («Pues bien, yo diría que, por naturaleza propia, el caballero cristiano propende al feudalismo. El alma española obedece a preceptos reales más gustosamente que a leyes formales y abstractas; antepone la amistad a la juricidad; la caridad, a la obligación; el valor personal, al derecho; la vida privada, a la pública»<sup>36</sup>); y predominio de la acción sobre el pensamiento abstracto o elaborado, («Esos valores, esas preferencias absolutas, esa ley a que el caballero cristiano somete a los demás y se somete a sí mismo no proceden de ningún código escrito, ni de convenciones humanas; proceden exclusivamente de la propia esencia del caballero. (...) El caballero cristiano es el paladín de una causa, que se cifra en Dios y su conciencia. No acata leyes que no sean «sus» leyes, no se rige por otro faro que la luz encendida de su propio pecho»<sup>37</sup>).

Por eso no es de extrañar que con tal bagaje cultural, cuando aparece la II República con su Constitución, su Estado de Derecho, su parlamento, su aura europea, y su inspiración liberal teñida de socialismo, el resultado sólo pudiera ser una guerra de reconquista. No hacía falta esperar a que la república degenerara, su existencia ya era en sí misma una herejía, una ofensa a la mismísima providencia divina: «Yo me atrevo a decir estas palabras: que Nuestro Señor Jesucristo es Él mismo el Caballero cristiano, el más grande de los caballeros, el Caballero de la Re-

dención, el que ha venido a esta tierra con la lanza en ristre para expulsar el pecado»<sup>38</sup>.

## 5. La herencia de García Morente

En contra de lo que se piensa actualmente, el magisterio político de Morente tuvo mucha relevancia en la España de posguerra. La posterior evolución del régimen, y con éste, de los intelectuales que lo apoyaron en la década de los cuarenta y cincuenta, difuminaron el pensamiento del último Morente. El Concilio Vaticano II no sólo sorprendió al régimen en el limbo, sino también al mundillo académico.

En 1952 se conmemora el décimo aniversario de la muerte de Morente. La *Revista Ateneo*<sup>39</sup> publica en 1953 un número extraordinario sobre su figura en el que escriben lo más granado de la época. Catedráticos de Universidad, intelectuales, escritores, obispos y políticos se dan cita en un panegírico en el que se rinde homenaje no sólo a la figura del sacerdote Morente, sino a su legado político. El tiempo ha echado una cortina de humo sobre estos hechos, pero es la glosa de un ataque a la modernidad europea efectuada desde el ámbito intelectual.

Comienza a modo de editorial Pérez de Embid<sup>40</sup>, catedrático de la Facultad de Filosofía de Madrid: «Morente nos advierte contra todo intento de crear una España no sólo acatólica, sino moderna». Pérez de Embid sitúa en el mismo

plano a quienes, desde los krausistas hasta los orteguianos, pasando por la Institución Libre de Enseñanza, la generación del 98 o las cátedras universitarias, habían cometido el nefando crimen de herejía racionalista, un grupo de intelectuales que « (...) casi alcanza ya con las puntas de los dedos la construcción de una España diferente, en la que hubiera resultado colada de rondón la cultura europea de la modernidad».

El Patriarca obispo Elijo y Garay, Eugenio D'Ors, Palacios, Zaragüeta, Millán Puelles, Cruz Hernández, López Ibor, Gamba, Jesús Arellano, Marañón, y muchos otros, desde la Iglesia, desde las cátedras de filosofía, desde las Academias de la Lengua, de la Historia, de las Ciencias Morales y Políticas, de Bellas Artes, de Medicina, de Ciencias, y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, entonan cantos elegíacos sobre el último Morente, que «vio la verdad y cambió», no en vano, como advierte el propio Pérez de Embid en su editorial «el destino de todo el que se queda entre dos fuegos es ser acribillado».

García Morente situó la causa de la Guerra Civil española en el 14 de abril de 1931. En su explicación, la contienda no se originó por la deriva de la república, sino por la creación de un régimen parlamentario, laico o aconfesional, que recepcionaba la modernidad europea con todas sus contradicciones y fracasos, pero también con sus logros. La II República era culpable por

su sola existencia, por germinar cual planta exótica en la biota equivocada, ya que apartaba a España de un estilo de vida basado en el caudillismo y el pastoreo impuesto por la mismísima providencia divina. Ni el más acérrimo defensor del revisionismo en la historia se atreve hoy día a defender que el español está congénitamente incapacitado para regirse por un sistema democrático. Sin embargo, esa era la idea esencial de García Morente, sin tapujos, sin condicionamientos políticamente correctos, y sin ocasión para la rectificación posterior, como tantos otros. Ese fue el legado político de Morente, y como tal lo recogieron numerosos intelectuales durante la década de los años cuarenta y cincuenta. España debía ser retibetanizada para impedir que las cepas del pensamiento europeo la volvieran a contaminar. He aquí «la significación de García Morente en la cultura contemporánea española», y como tal se glosó en la Revista Ateneo en 1953, con ese titular, con ese mensaje, por los más altos representantes de las instituciones culturales oficiales de la época.

En 2005 se ha creado la fundación García Morente, presidida por el presidente de la Conferencia Episcopal española, el conservador Rouco Varela. Entre Morente y Rouco está el Concilio Vaticano II, la recepción de la modernidad europea por parte de la Iglesia católica. Deseemos que el Concilio Vaticano II tampoco corra el riesgo de «ser acribillado».

## Notas

<sup>1</sup> La mayoría de los datos básicos los tomo de la biografía de sus *Obras Completas*, de su propia autobiografía, narrada en *El hecho extraordinario* (OC II 2. Pág. 415 y ss.), de lo escrito por sus hijas, de la pequeña biografía que escribió García Barres, prologado por las hijas de Morente, en el libro titulado *Proceso de una conversión*, y de escritos o biografías de autores como Azaña, Zubiri, Ortega, Fernando De los Ríos, Araquistain, y otros.

<sup>2</sup> Así lo cuenta Millán Puelles, «No tuvo empachos en vestir la sotana. Ni le costó ningún remilgo invitarnos a solicitar de la Iglesia el debido permiso para leer al transparente Descartes. Ni dejó de advertirnos los «peligros» que conllevan las obras de algunos pensadores.». Antonio Millán Puelles. «Morente, pensador y maestro». Reproducido en la *Revista Ateneo*, Año II, Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>3</sup> «La Liga de Educación Política: el manifiesto de la Liga, que se encuentra como Apéndice en el folleto del *discurso de Ortega* (Renacimiento, Madrid, 1914), fue publicado anteriormente, en octubre de 1913, suscrito por los siguientes españoles: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, el marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, C. Bernardo de Quirós y Agustín Visuales. LXIX. Juan Marichal. «Introducción a las Obras Completas de Azaña». Azaña, M. (1990): *Obras Completas*, Madrid, Ediciones Giner.

<sup>4</sup> «Mientras se acercaba este final anunciado del Gobierno Romanones, los reformistas celebraron el 23 de octubre, en el Hotel Palace, un nuevo banquete de reafirmación. La presidencia estuvo ocupada por Melquíades Álvarez, Azcárate, y Pérez Galdós. Entre los asistentes, más de 900, figura-

ban Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, García Morente, Azcárate, Azaña. Hablaba Melquíades. El republicanismo era para Melquíades Álvarez una forma de obligar a la monarquía a seguir la senda de la democracia y la modernidad que una meta en sí misma. Conectado con el Partido Reformista surgió la Liga para la Educación Política de España. El manifiesto fundacional lo firmaron Ortega, Fernando De los Ríos, Manuel Azaña, Morente. Se trataba de hombres conectados directa o indirectamente al partido reformista pero que habían exigido y obtenido de Melquíades Álvarez una autonomía de funcionamiento, eludiendo las obligaciones estrictas de los demás afiliados al partido reformista». Zapatero, V. (1990): *Fernando De los Ríos. Biografía intelectual*. Granada, Pre-textos, pág. 93.

<sup>5</sup> El cuadro que nos describe Seco Serrano nos da una imagen de la época, «Si Romanones representaba el liberalismo tradicional, en la línea Sagasta-Moret, la nueva izquierda (el último posibilismo de la Restauración) era Melquíades Álvarez, dotado de una sugestión oratoria y abierto a unas concepciones democráticas que habían agrupado junto a él, como ya quedó advertido, a la que pudiéramos llamar *espuma intelectual* del país, la intelligentsia que hallaba sus corifeos en el mundo de la nueva generación universitaria (ilustrada por los nombres de Ortega, García Morente, Pittaluga, Américo Castro, Teófilo Hernando...)» (...) Según Suárez Cortina (*El Reformismo en España. Republicanos reformistas bajo la Monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986) lo que caracteriza doctrinalmente al reformismo melquiadista, como punto de partida, es –frente a la vinculación francesa siempre explícita en el radicalismo de Lerroux– el paralelismo de aquel con el liberalismo británico; sin ex-

cluir, no obstante, de su ideología cierta influencia del solidarismo francés. Si el Partido Reformista de Melquiades Álvarez se presentaba con vocación de gobierno –y con la pretensión de transformar, desde el Gobierno, los hábitos y las instituciones acuñadas por el canovismo–, la Liga de Educación Política venía a complementar el propósito mediante una transformación del ciudadano: ambas corrientes se fundían en el empeño de dar entrada a la modernidad –al europeísmo– de la plataforma viciada de los nuevos partidos dinásticos. Porque, según la definición de Ortega, esta generación que él abandera y que se manifiesta en la Liga es quizá la primera que se halla a la altura de los tiempos –los de la civilización occidental de 1914: la primera generación española moderna, en la expresión de Laín Entralgo–. Seco Serrano, C. (2005): *La España de Alfonso XIII*. Barcelona, RBA Coleccionables, págs. 319 y 360.

<sup>6</sup> Dámaso Chicharro refiere un artículo de Gonzalo Fernández de la Mora en el que citan los intentos morentianos por caracterizar a España en el ámbito novecentista como legítimo heredero del 98. AA.VV (1987): *Centenario de Manuel García Morente*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén. pág. 102.

<sup>7</sup> Incluso en la época ya tomista, Morente mantiene ideas sobre la enseñanza que son propias de la Institución Libre de Enseñanza, como la eliminación de los exámenes. Así, nos cuenta Víctor García que «En las pocas ocasiones en que teorizó sobre los exámenes, adopta una postura extrema: «Yo espero que algún día se supriman los exámenes. Es una invención del diablo, y muy mala, por tanto. Han sido inventados los exámenes para perturbar la mente de los alumnos», dijo a los alumnos del Colegio del Pilar en una conferencia, el 18 de abril de 1942. García Hoz, Víctor. Catedrático de Pedagogía de la Universidad de Madrid.

«Perfil pedagógico del Profesor García Morente». *Revista Ateneo*, Año II, Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>8</sup> Suñer, Enrique. *Los intelectuales y la tragedia española*. Citado por Elías Díaz. La «Institución Libre de Enseñanza» en la España del nacionalcatolicismo. En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza. Pág. 155

<sup>9</sup> Así lo cuenta Serrano Suñer, «Yo tuve que librar una verdadera batalla para sacar de la Ley de Responsabilidades Políticas a García Morente, ilustre profesor mío, curita luego, a quien el implacable González Oliveros metió en esa ley. Recuerdo que un día, estando yo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, me anunciaron que el Padre García Morente pedía ser recibido en audiencia. Yo, como hacía siempre en esos casos, le recibí inmediatamente. Vino con su sotana, aquel hombre que como digo había sido profesor mío, y que era un docente extraordinario (...) Tuvimos un par de conversaciones y me explicó su caso con amargura. Oliveros le había embargado y quería quitarle las cuatro cosas que tenía. (...) Tuve que sostener una verdadera batalla con él y recurrí a Franco para sacar a mi viejo y querido profesor de las garras de esta ley». Heleno Saña. *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Suñer*. Prólogo de Hugh Thomas. Barcelona 1982. Págs. 102-103. Citado por Gonzalo Redondo. *Política, cultura y sociedad en la España de Franco. Tomo I. La configuración del Estado español, nacional y católico*. Pág. 14.

<sup>10</sup> «Manuel García Morente, el catedrático de Ética de la Central, que acaba de quedarse viudo, actúa como una especie de filtro entre Ortega y los que quieren incorporarse a su entorno. Es él quien le aconseja al maestro y líder a quién vale la pena tratar y quién, por mediocre, merece ser evitado; él también le propone a muchos



de los colaboradores de la Revista o a los participantes en las tertulias, en las que se acostumbra a abordar los más variados temas desde sus vertientes teóricas. Ortega las dirige salpicándolas con sus características ironías y sus agudos comentarios». Corominas, Jordi – Albert Vicens, J. (2006): *Zubiri, Xavier: La soledad sonora*, Ediciones generales SL., pág. 162.

<sup>11</sup> Entrevista a Miguel Batllori. Corominas, Jordi – Albert Vicens, J. (2006): *Zubiri, Xavier: La soledad sonora*, Ediciones generales SL., pág. 483.

<sup>12</sup> «Julián Marías, discípulo de Zubiri, es encarcelado por la delación de un amigo de toda la vida, Alonso del Real, y de Martínez Santavalla. Se le recrimina el haber colaborado con su profesor Besteiro». Corominas, Jordi – Albert Vicens, J. (2006): *Zubiri, Xavier: La soledad sonora*, Ediciones generales SL., pág. 257.

<sup>13</sup> Molina Prieto afirma que «Morente sufrió en su alma la garra fría del recelo y paladeó el acíbar de la incompreensión por parte de quienes nunca creyeron del todo en la total sinceridad de su radical conversión: siempre sospechaban del nuevo pródigo». Prieto, Molina. *El proceso conversional del Profesor García Morente*. Pág. 43.

<sup>14</sup> Iriarte, M. (1961): *Presentación de los Ejercicios Espirituales de Manuel García Morente*, Navarra, Espasa Calpe. SA., Universidad de Navarra, pág. 16

<sup>15</sup> Aranguren destaca que «Son muchos los que recelan de él, los que le tienen por peligroso para la juventud (...) Y cuéntese que drama hay, sin duda, no sólo en el caso de la apostasía, reniego de Dios, sino también en el de la conversión, pues ¿acaso no es dramática la decisión de romper con todo un pasado, de renegar de lo que hasta este trance ha sido uno mismo, de partir la vida en dos y sacrificar el «hombre sido» al «hombre nuevo»? (...) Consideremos en

efecto que, cualesquiera que hubiesen sido los peligros corridos por Morente en el Madrid de 1936, pronto escapó a ellos y, en sí mismos, poco le acercaron a Dios. Notemos asimismo que tampoco las dificultades económicas de París fueron como para llevarle a una situación desesperada y además no tardaron en resolverse con el encargo de un trabajo que, mejor o peor, subvenía a sus reducidas necesidades (...) Morente es sacerdote ya. Sacerdote y profesor, sacerdote y filósofo cristiano. Pero ahora no es la consolación, acaso incluso milagrosa, sino la cruz de una amargura y una –hasta cierto punto– frustración, lo que debemos considerar. (...)» Aranguren: *García Morente: Historia de la conversión de un intelectual*. OC I. Págs. 495, 497, y 500.

<sup>16</sup> «¿Y quién sabe si al empaparse de esta doctrina y aplicarla in mente a su propio y extraordinario caso, viendo en él una maravillosa vivencia suya, no se preguntaría a solas, «¿Por qué Dios no me comunicó antes este don sobrenatural, abriéndome los ojos para ver la verdadera luz?» Agustín G. de Amezúa. «La Gracia». *Revista Ateneo*. Año II. Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953

<sup>17</sup> «Entró Morente en Poyo no vamos a decir como un Agustín; sería acaso como un Ignacio en la cueva de Manresa». López Vázquez. «García Morente entre los frailes de la Merced». *Revista Ateneo*. Año II. Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>18</sup> «Parece, y ello es chocante, dadas nuestras características y la misma índole del pensar filosófico, que la filosofía apenas es posible en España más que en la forma de «trabajo en equipo» (...) Por eso, casi los únicos filósofos que ha tenido España son los escolásticos, quizá porque la Escolástica es, por esencia, un gran equipo intelectual. Los otros equipos han sido, en nuestra época, el krausismo y la Revista de Oc-



cidente. Fuera de eso, pensadores solitarios (...) como Eugenio D'ors o Unamuno (...) En cambio, Ortega y Gasset (...) supo crear el excelente equipo de la Revista de Occidente, que por aquellos años fue el eje del movimiento filosófico español. En ese equipo formó parte García Morente». Sánchez Canton, «Recuerdo de García Morente». *Revista Ateneo*. Año II, Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>19</sup> En su reseña narra Gustavo Bueno, «Estudia después el P. Iriarte lo que podría llamarse «conversión filosófica» de Morente a Santo Tomás; que es el punto en donde el autor de esta nota encuentra más sombras, porque le parece que «prueba demasiado». Bien entendido, no en lo referente a la sinceridad de Morente, sino a la calidad de su conversión y de su misma personalidad». Bueno, Gustavo. «El profesor García Morente, sacerdote» (reseña al libro de Iriarte). *Revista de Filosofía*. 11:40 (1952: enero/marzo). Pág.174.

<sup>20</sup> Comenta Eugenio D'ors, en el homenaje que le tributan a Morente a los diez años de su muerte, que «Yo no he conocido, por culpa de una anecdótica falta de coincidencia, al Morente converso; (...)», para continuar de forma enigmática con el siguiente comentario, «No me dejaron, No le dejaron a él que me escuchara. No dejaron que el diálogo prosiguiese... Pero hoy, lo mismo da. La respuesta él ya la sabe. Y –así lo espero– él, en la paz, la goza». Eugenio D'ors. «Aquel diálogo». *Revista Ateneo*. Año II. Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>21</sup> Ayala. (1982): *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 80.

<sup>22</sup> García Morente (1940): *El hecho extraordinario*. OC II 2. Pág. 433.

<sup>23</sup> «Sin perder minuto, hice una visita al Excmo. Sr D. José Quiñónez de León para ofrecer incondicionalmente mis modestos servicios a la causa del orden, de la paz, de

la cultura y de la gloria de España. Tuve la fortuna de que el señor Quiñones aceptase mis ofrecimientos; y desde ese día trabajo aquí, en París, en servicios de Prensa y Propaganda». García Morente. (1937): *Carta al general Dávila*. OC II 2. Págs. 501 y ss.

<sup>24</sup> (1975): *Don Manuel García Morente y la Orden de la Merced*. Universidad Complutense de Madrid, Pág. 75.

<sup>25</sup> «Ortega no ha hecho escuela, como ocurre casi siempre con los buenos artistas, que son inimitables. Ha creado traductores y repetidores, pero no continuadores. El más destacado fue Manuel García Morente, un hombre extraño que después de ser excelente profesor de filosofía durante casi treinta años en la Universidad de Madrid y un ardiente adepto de la filosofía crítica alemana desde Kant hasta nuestros días, de pronto, poco antes de morir en 1942, se ordenó sacerdote católico. El que siempre había vivido al margen de la religión, necesitaba súbitamente no sólo de la fe, sino además de la sotana. Es sorprendente el retorno de la mayoría de los pensadores españoles de todos los tiempos a la mitología ancestral. La persistencia de la autonomía de la razón es rara en las cabezas filosóficas españolas. Escribió poco: unas Ideas para una filosofía de la historia de España (1943), en que el protagonista es el «caballero cristiano» y como obra también póstuma, en la que ha colaborado Juan Zargüeta, se ha publicado un tomo de *Fundamentos de filosofía* (1947), de tipo expositivo». Araquistain. (1962): *El pensamiento español contemporáneo*. Buenos Aires, Editorial Losada SA., pág. 97.

<sup>26</sup> García Morente, (1934): *De la metafísica de la vida a una teoría general de la cultura*, (Curso en Buenos Aires de 1934). OC I 1, pág. 419.

<sup>27</sup> García Morente. (1940): *El tipo humano de la hispanidad*, OC II 2, pág. 72

<sup>28</sup> García Morente. (1941): *El espíritu científico y la fe religiosa*, San Fernando, OC II 2, pág. 200.

<sup>29</sup> García Morente. (1938): *Idea de la Hispanidad*, OC II 2, pág. 318

<sup>30</sup> García Morente, (1941): *Ideas para una filosofía de la historia de España*, OC II 2, págs. 392

<sup>31</sup> García Morente. (1938): *Orígenes del nacionalismo español*, Montevideo, OC II 2, pág. 25.

<sup>32</sup> García Morente, (1941): *Ser y vida del caballero cristiano*, San Fernando, OC II 2, pág. 198.

<sup>33</sup> García Morente, (1938): *Idea de la Hispanidad*, OC II 2, pág. 357

<sup>34</sup> Ídem.

<sup>35</sup> García Morente, (1942): *El pontificado y la hispanidad*, OC II 2, pág. 288.

<sup>36</sup> García Morente, (1938): *Idea de la Hispanidad*, Buenos Aires, 1938, OC II 1, pág. 358.

<sup>37</sup> García Morente, (1942): *Ideas para una Filosofía de la Historia de España*, OC II 1, pág. 342.

<sup>38</sup> García Morente, (1941): *Ser y vida del caballero español*, San Fernando, OC. II 2, Pág. 212.

<sup>39</sup> *Revista Ateneo*. Año II. Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.

<sup>40</sup> Pérez Embid, Florentino. «Introducción a la significación de García Morente en la cultura contemporánea española». *Revista Ateneo*, Año II, Número 32, Madrid, 11 de abril de 1953.